

# POLEMICA EN TORNO A L NEOAISLACIONISMO EUROPEO

He aquí un balance no exento de seducción y hasta dotado de cierta apariencia lógica. Se formula en cuanto norma aritmética no sólo cimentada en lo que ha sido símbolo epilógico de la última contienda, sino aparentemente fortalecida por lo que depara, en cuanto experiencia sugeridora, lo acontecido en el período histórico limitado por los años de 1945 y 1950. Hace cinco años se registraba el ejemplo de una victoria total, pero vacía de contenido incluso en el momento mismo en que se alcanzó el triunfo militar de 1945. Entonces primó un sistema (sospechamos que de inspiración norteamericana y acaso, específicamente, rooseveltiana), que se le rotuló con una denominación, peregrina y sorprendente a la vez, y así se habló de la «redención incondicional» de Alemania. Es decir, que se escamoteaba un enemigo, se creaba una especie de *no man's land* y se instalaba un vacío político en la región más neurálgica de Europa. Sabido es que un diálogo entre vencedores y vencidos no puede considerarse como coloquio llevado a cabo en un pie de igualdad, ya que uno de los colocutores se reserva para sí la casi integridad del protagonismo, en tanto el otro, sin fuerza que respalde su tesis, tiene que fiarlo todo a su agudeza dialéctica, a su espíritu de travesura, manipulado inteligentemente para sembrar la discordia entre los vencedores, que unidos accidentalmente por los apremios de la guerra y acalladas diferencias, en tanto dura la lucha, encuentran en el fin de la emergencia clima adecuado para que sus disensiones reaparezcan. La Historia nos brinda más de un ejemplo que acredita el éxito de esa táctica excisionista.

Pero en cualquier caso, un diálogo, igual o desigual, siempre constituye esperanza para el vencido, ya que el triunfante, teniendo la fuerza a su favor, no siempre le es dable manipular tal ventaja con la debida eficiencia.

Acaso los vencedores alimentaron la ilusión de que eliminado el peligro corrosivo que supone siempre el diálogo con el derrotado, les sería más fácil marchar acordes; ilusión, esta última, hoy totalmente desvanecida, ya que si aplicamos a la presente realidad internacional la fórmula disyuntiva schmittiana de la guerra *como estado* y la guerra *como*

*acción*, no será difícil ni arbitrario deducir que la guerra *como estado* (lo que hoy se llama *guerra fría*) distancia mucho más a los vencedores entre sí, que separa a cada uno de éstos de los vencidos. Los que en 1945 estimaron procedente optar por el escamoteo de Alemania, ignoraban, al parecer (miopía sorprendente), que el dejar al vencido sin forma, perfiles, personalidad íntegra, ni representación, equivaldría a correr el siguiente doble riesgo (resultante de la ocupación militar inarmónica de Alemania): 1.º Encontrar en la ocupación coetánea y, sobre todo, en la contigüidad que implicaba, riesgo para que sus querellas potenciales se transformasen en actuales; 2.º Dejar al país ocupado coyuntura propicia para explotar en propio beneficio (medida defensiva, perfectamente excusable) las disidencias de los ocupantes y reemplazar su primitiva condición de miembro suplicante, en el más airoso rango de nación requerida por los beneficios, más o menos evidentes, que, en recíproca pugna, habían de ofrecerle los ocupantes. La segunda consecuencia necesariamente había de ser realidad, desde el momento mismo en que cristalizase la primera. Suponemos que nadie pondrá en tela de juicio la pertinencia de cuanto dejamos consignado.

Ahora, esa situación inestable, a la cual no se imagina nadie cómo puede serle asignado un epílogo, quiere ser reemplazada por medio de una propuesta, que se califica indistintamente de revolucionaria y sorprendente (aludimos al plan Schuman-Monnet). Digamos, ante todo, que los dos adjetivos ni son indistintos, ni encierran la misma significación. Que la sugerencia francesa es revolucionaria, parece indiscutible, ya que, puesta en marcha, eliminaría muchos de los obstáculos que hasta el presente se consideraban como de imposible apartamiento. En cuanto a lo sorprendente de tal sugestión, tampoco podemos aceptar el calificativo, y juzgamos que no es imposible ofrecer al lector de estas líneas una explicación de nuestra interpretación.

No olvidemos que es Francia la que ahora aparece en primer plano, posición columbrante que viene proporcionada por el sólo hecho de encarnar en dicha nación el factor iniciativa. Pues bien, Francia, en los últimos treinta y dos años si no una constante histórica (que no puede construirse en tan reducido espacio de tiempo), nos ha ofrecido ciertamente una prueba de persistencia en sus decisiones. Avezada a desempeñar en Europa un papel de primer plano, que posibilitaron circunstancias del tipo de las que ni se reiteran ni menos se perpetúan, no se resigna a perder esa posibilidad, y cuando le faltan argumentos, respaldados por una potencia capaz de fortalecerlos, acude a su bien probada agudeza dialéctica, que sería plenamente eficaz si no debiera contar con el obstáculo emanante de la circunstancia, bien probada, de que cuando Francia piensa en Europa lo hace, indefectiblemente, perfilando su europeísmo en criterios específicamente franceses. Ello ha de disculparse si pensamos en la nostalgia francesa, producida por el afán

de reconquistar y reinstalar su perdido protagonismo. Esa tendencia puede vincularse en el período comprendido entre las dos guerras últimas, a cuatro personalidades: Briand, De Gaulle, Bidault y Schuman; con variantes más accidentales que substanciales, los cuatro citados políticos franceses perseguían una coincidente finalidad: deparar a Francia coyuntura para readquirir su posición destacada de otrora, objetivo que creía encontrar en supuestas rivalidades que distanciaban a otras Potencias, respecto de las cuales, actuando en una especie de posición equidistante, les sería doble imponer su punto de vista. Así nació unas veces la tendencia francesa a ofrecer mediaciones, que suponía remunerables, o especular a base de neutralidades, que dejarían perplejos a los discrepantes y les obligarían a reconsiderar sus respectivas posiciones. No de otro modo procedió Briand cuando, en vísperas de reunirse la Conferencia de Washington sobre el desarme naval y el Extremo Oriente, consideraba insoluble la rivalidad yanquee-nipona, y juzgaba que sus buenos oficios le depararían coyuntura para alcanzar en el Mediterráneo una posición superior a la de Italia, en vez de la paridad, que, en definitiva, lucra consagrada en Washington. Más tarde, cuando Briand se crigió en animador del movimiento paneuropeo, no pudo desligarse de su condición de francés y ofreció, por ello, una versión no precisamente afortunada.

El General De Gaulle, en plena guerra, aludía, una y otra vez, a la posibilidad e incluso a la conveniencia de una política internacional autónoma que le permitiese cierta libertad de movimientos y le convirtiese en una especie de árbitro en las diferencias ruso-norteamericanas.

Posteriormente —dato de alto interés—, es en Francia donde se perfila la idea de una posición neutralista que, al asomar en su fase inicial y precisa, se apoyaba en la consideración de que los Estados Unidos no se decidían a considerar que su papel en Europa ni era emergente, ni renunciabile; las polémicas que se entablaron en torno al alcance y significación del art. 5.º del Pacto Atlántico ponen claramente de manifiesto la pugna francesa, respaldando una tesis dilemática: o promesa firme y concreta de cooperación norteamericana —sin nuevas liberaciones—, o renuncia a ver a Francia convertida nuevamente en campo de batalla y sometida al dramatismo de una invasión seguida de ocupación militar. Esa posición dilemática, la penúltima en el orden del tiempo, encontró eco en un reciente discurso pronunciado en Lyon, por Bidault, proponiendo la conclusión de un Alto Consejo del Atlántico, y precisamente cuando la sugerencia de Bidault parece encontrar eco y posibilidades de ejecución, brota, inesperadamente, la propuesta Schuman-Monnet, sugiriendo una organización acorde de las industrias pesadas de Alemania y Francia.

Llegados a esta etapa de nuestro proceso lógico, creemos estar en condiciones de brindar al lector lo que del mismo se induce, y es que Francia, variando en la utilización de los instrumentos elegidos, los ma-

nipula indefectiblemente para servir a una idea invariable: la de encarnar en la Europa continental el papel de elemento preponderante. Registramos la inclinación precedente sin propósitos condenatorios, pues no sería del caso adentrarnos ahora en el peligroso terreno de las calificaciones o de las valoraciones, y más bien brindamos la interpretación a los que, desde la otra orilla del océano, están aludiendo, con insistencia y alarma, a eso que ellos denominan síntomas visibles de un peligroso neoaislacionismo europeo. Porque no es irrelevante que en estos instantes —cuando redactamos las presentes líneas, en los primeros días del mes de junio— la prensa norteamericana dedique glosas sin cuento y variadas acentuadamente, a este fenómeno que, en tierras de Monroe, denominan unas veces neoaislacionismo europeo y otras tendencia del viejo mundo a constituirse, bajo inspiración francesa, en un *third power*. Bien entendido, que en el supuesto designio incluyen los Estados Unidos si no a Alemania íntegramente, cuando menos a los elementos dirigentes del Gobierno de Bonn.

Esas reacciones dialécticas norteamericanas nos dan la medida adecuada de lo que es hoy un problema complejo y no fácilmente perfilable: la dificultad del diálogo en que actúan como colocutores la Europa occidental y los Estados Unidos de Norteamérica, dificultad que dimana de una consideración esencial, y es que en el terreno de las posibilidades dialécticas, la tendencia yanqui a encontrar la perfilación de problemas internacionales en el empleo de trazos gruesos y de ideas sencillas, tropieza con la sutileza europea, apta siempre para reaccionar rápidamente, sorprendiendo así a los Estados Unidos.

Desde Wáshington, al intentar la valoración de ese neutralismo o de ese neoaislacionismo europeo —que en esencia no son reacciones desemejantes— no encuentran ni explicación ni menos justificación de tales inclinaciones. Los norteamericanos se parapetan tras una serie de consideraciones que estiman no sólo convincentes, sino aplastantes. Enumerarlas todas sería labor imposible; pero consignar algunas, es no sólo realizable, sino aleccionador. Mencionemos aquellas que se nos ofrecen con más acentuada prominencia:

1.<sup>a</sup> Cuando Norteamérica reprochaba a Europa lo que pudiéramos denominar su *municipalidad*, ofreciéndole como contraste la propia experiencia norteamericana, alcanzada con medidas de volumen continental, el viejo mundo replicaba que el caso de Europa, país viejo, cargado de historia y empapado en toda suerte de complejidades, no era el de aquellos trece Estados originarios que iban a iniciar una vida con un margen y una elasticidad a su alcance que Europa no podía encontrar ni en el orden topográfico, ni en el político, ni en el histórico. Ahora que los Estados Unidos quieren respaldar con su fuerza y con el innegable sacrificio de sus contribuyentes, al viejo mundo, para que éste pueda alcanzar lo que en el otro lado del Atlántico se denomina má-

## EL POOL DEL CARBON Y DEL ACERO

Producciones en 1949, en millones de toneladas

	C A R B O N		MINERAL DE HIERRO (100 % metal)		A C E R O	
Francia .....	51,2	12 %	10,3	57 %	9,1	21 %
Saar .....	14,3	3 %	—	—	1,8	4 %
Benelux .....	39,6	9 %	1,3	7 %	6,1	14 %
Italia .....	1,1	0,5 %	0,3	2 %	2,0	4 %
Alemania del Oeste .....	104,8	24,5 %	2,3	12 %	9,2	21 %
Gran Bretaña .....	218,6	51 %	4,1	22 %	15,7	36 %
<b>TOTAL .....</b>	<b>429,6</b>	<b>100 %</b>	<b>18,3</b>	<b>100 %</b>	<b>43,9</b>	<b>100 %</b>

durez para la resistencia frente al peligro ruso. Europa, que ayer desplegaba una ofensiva acusatoria contra los aislacionistas norteamericanos, a los cuales no perdonaba su clara deserción de 1920, ahora, súbitamente, con versión francesa, opta por construir su propio aislacionismo.

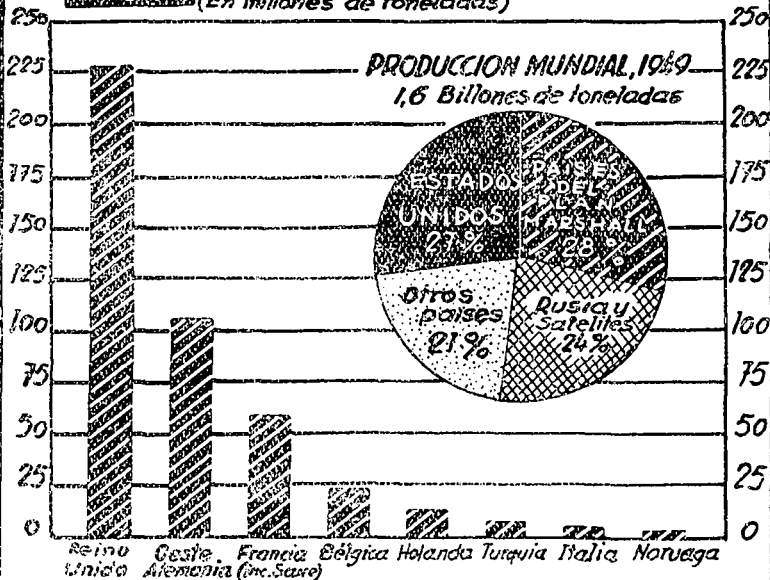
2.<sup>a</sup> Toda la actividad norteamericana desplegada desde que Truman formulara su política de ayuda a los Estados amenazados por la guerra fría, puede ahora ser malograda, ya que ese neoaislacionismo europeo o esa inclinación inhibitoria o neutralista, irremediablemente lleva al ánimo de los europeos la convicción de que se verán evadidos del duelo yanquee-ruso; esa inclinación se reputa en Norteamérica como de muy peligrosa, ya que si a alguien aprovecha es a Rusia, que en esa laxitud neutralista encontrará un clima adecuado para que la guerra fría continúe, hasta que considere llegado el momento de convertir lo que Schmitt denomina guerra *en estado*, en guerra *en acción*.

3.<sup>a</sup> Hay una evidente falta de lógica en la actual posición europea; prescindiendo de si la tesis neutralista o aislacionista es éticamente reprochable, parece evidente que la Europa occidental, repentinamente instigada por Francia, corre el riesgo de situarse en contradicción con lo que fueran sus más caros anhelos al ponerse en marcha el plan Marshall. Entonces, Europa, maltrecha, económicamente débil, industrialmente desorganizada y políticamente inestable, alegaba que la prolongación de tal estado de cosas constituiría una creciente tentación para la infiltración del imperialismo ruso, introducido a través de los partidos comunistas. Esta alegación norteamericana, nos parece de una oportunidad bien relevante.

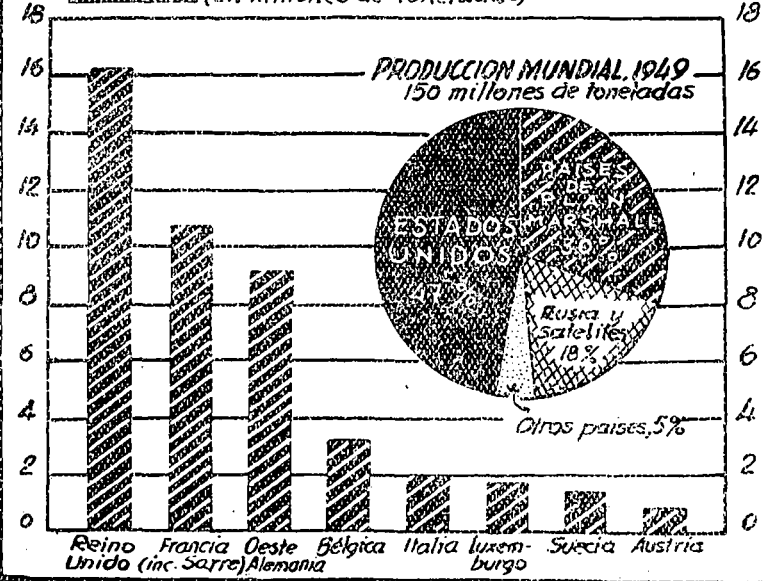
4.<sup>a</sup> No es que los Estados Unidos reprochen a Europa su ingratitud, sino que alegan su apresuramiento. Consideran que una neutralidad no se decreta, ni basta el mero hecho de proclamarla; una neutralidad en un mundo como el actual, tan cargado de peligrosidad, precisa, necesariamente, estar respaldada por una fuerza capaz de convertirla en algo más que en una mera inofensiva y tentadora figura retórica.

5.<sup>a</sup> Destacaba los peligros de ese neutralismo galo el *New York Times* en un editorial del 23 de mayo, donde podía leerse: «Adenauer, haciéndose eco de pensamientos similares en Francia e Inglaterra, ha sugerido que la Europa unida debe formar un *tercer poder* entre Rusia y los Estados Unidos... Tras ese pensamiento se oculta un importante factor: el preparar a las masas europeas para que, influídas por la propaganda comunista, consideren la guerra fría no como un conflicto entre el totalitarismo soviético y el mundo libre —lo que es la realidad—, sino como un conflicto entre los Estados Unidos y Rusia. «Tras esa interpretación —añade *The Times*— se propugna rechazar el materialismo soviético y norteamericano, sueño acariciado por algunos intelectuales nostálgicos de Europa».

**CARBÓN** (En millones de toneladas)



**PIERRO** (En millones de toneladas)

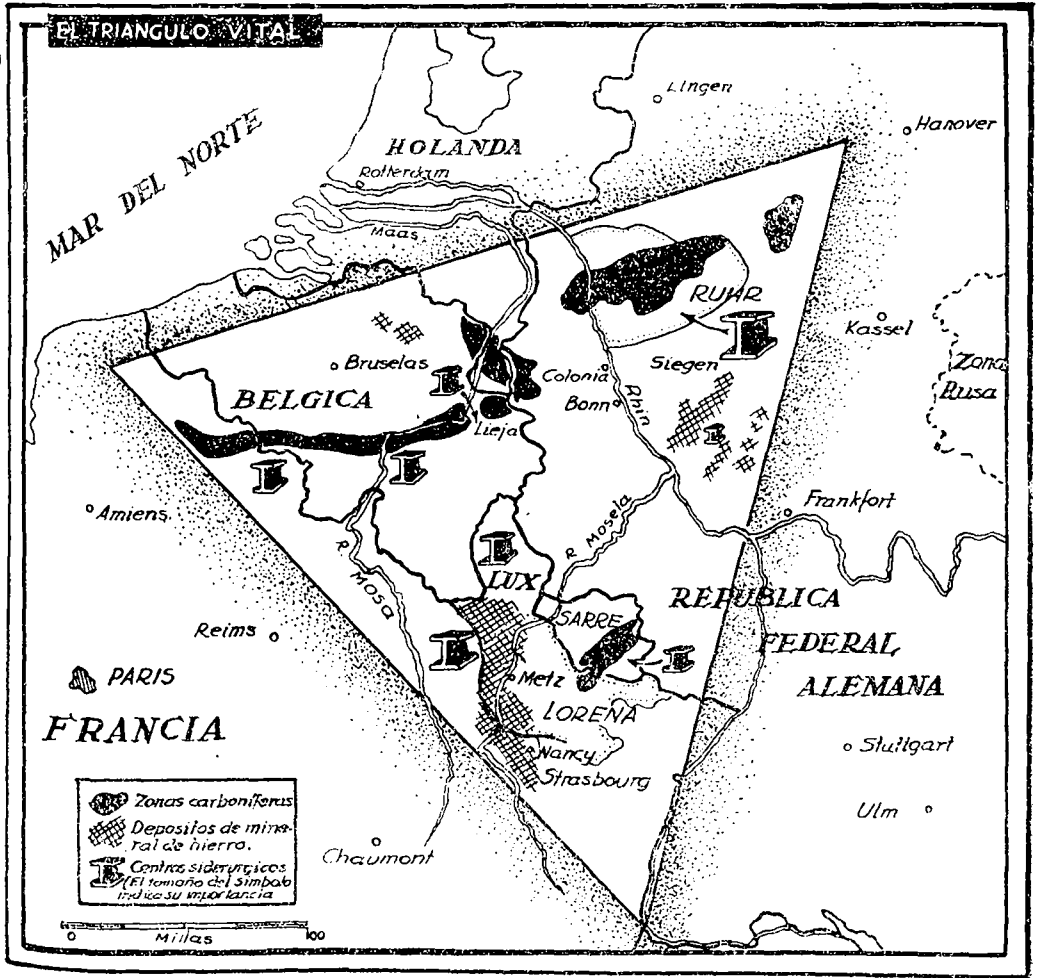


6.<sup>a</sup> Se aprecia en Europa una tendencia de repulsa hacia lo que se denomina el *dirigismo* norteamericano, con alcance al mundo europeo, olvidando que ahora estamos situados frente a un intento de *dirigismo* francés (la obsesión postbélica por nosotros apuntada en otra parte de este comentario), que si nadie puede anticipar que necesariamente fracasará, todos pueden convenir en que su posible impracticabilidad situaría a Europa en una posición mucho más emergente que la registrada por el viejo mundo antes de recibir los efectos beneficiosos del plan Marshall.

7.<sup>a</sup> Si Rusia, cuando era una relativa realidad el acuerdo anglo-franco-norteamericano, pudo con su guerra fría y su desenfadado uso del derecho de veto paralizar la acción de los occidentales y retener la iniciativa, se adivina en qué proporción aumentarán sus posibilidades, si Europa consuma ese desatraque de las costas americanas, olvida su misión atlántica y aun, sin proponérselo, introduce un elemento de confusión en lo que fuera frente del mundo occidental.

8.<sup>a</sup> Francia fué una Potencia cuyo drama consistió en no saber captar adecuadamente cuál era el destino que le señalaba la Historia; atraída, a la vez, por la tierra firme europea y por sus proyecciones ultramarinas, en definitiva, optaba por las primeras, sin alcanzar jamás la estabilidad necesaria en la Continente. Ahora se le brindaba ocasión para liberarse de esa obsesión continentalista, encuadrándola en la comunidad atlántica y elevando así el mar a elemento decisivo, utilizado como único aglutinante entre las dos orillas del Océano. Situada ante esa coyuntura, parece que, una vez más, juzgó que su destino estaba en el Continente. Esa opción se explica cuando se piensa que Francia, persiguiendo la realización de un propósito plurisecular —desempeñar en Europa un papel dirigente y preponderante— no puede encontrar en el mar —donde priman otras hegemonías— apoyatura para alcanzar el papel dirigente a que aspira. A esa interpretación parecen oponerse las manifestaciones de Schuman ante el Congreso del M. R. P. en Nantes el 23 de mayo: «Francia ha querido hacer algo más que una obra económica, ha querido realizar obra política. Obrando así, desea eliminar toda amenaza de guerra entre dos naciones y reemplazar una rivalidad ruinosa, por una asociación basada en intereses comunes. Quiere llevar la esperanza a todos aquellos que piensan en la paz. Esa esperanza no la fundamos sobre un texto ni sobre una hipótesis, sino sobre algo real.» De las anteriores palabras, parecen deducirse dos consecuencias: 1.<sup>a</sup>, esa alusión a textos inoperantes o hipótesis engañosas y al realismo que se le opone como contraste, puede significar una mención de las reticencias norteamericanas, exteriorizadas cuando se discutían los términos de lo que se denomina «corazón del Pacto Atlántico» (el art. 5.º); 2.<sup>a</sup>, se trata de una hegemonía compartida de una especie de dios Jano franco-alemán, asentado en el corazón de Europa, con lo





cual quiere significarse que Francia no anhela ni busca preeminencias incompartidas. Lo más significativo es lo expresado por Schuman a propósito de la dote que Francia aporta al *Pool*, que no sería sólo su utillaje, sino sus posesiones africanas, que se integrarían en el consorcio, y, en la misma medida, desconectadas del sistema general europeo. Esa interpretación que nosotros ofrecemos de las palabras de Schuman no ha sido compartida en la otra orilla del Atlántico. Citemos, entre otros testimonios, uno que nos parece irrecusable. Aludimos a las manifestaciones de Truman contenidas en su conferencia semanal de prensa en la Casa Blanca (18 de mayo). Truman dijo a la sazón: «La propuesta Schuman para el *Pool* franco-alemán del carbón y del acero, constituye un acto constructivo. Le damos la bienvenida. Esta demostración de la dirección francesa en la solución de los problemas europeos forma en las grandes tradiciones francesas.» Esas palabras parecen inequívocas y refuerzan nuestra tesis de la existencia de una constante histórica francesa, representada por un designio que encarna en Francia la dirección de los problemas europeos. Es sorprendente que en Francia, ayer postrada, pueda ahora situarse en un plano preferencial; acaso, en el ademán francés, se aprecia un abultado optimismo.

9.<sup>a</sup> Late en el fondo del designio francés una apreciable contradicción; si el *Pool* deviene realidad, pueden suceder dos cosas: o bien que Alemania continúe desarmada —y de las deliberaciones de Londres parece deducirse que se descarta la posibilidad de un inmediato rearme de Alemania—, y, en ese supuesto, la tesis de una Europa occidental neutral, sin el complemento de una fuerza que la respalde, convertiría tal neutralidad en meramente rotularia, o Alemania se rearma, y, en tal hipótesis, renacerían los temores de un país que ha interpretado el problema de su seguridad ligándolo indefectiblemente al peligro alemán. Para Rusia nada más beneficioso que un mundo europeo unido en el papel, pero, en realidad, tambaleante.

En suma; nos parece excesivo hablar de un neoislacionismo europeo, ya que esa tendencia, a través de las distintas formas que adoptó —neutralidad, creación de un tercer poder o autonomía y equidistancia respecto de Rusia y de Norteamérica— acusa siempre un origen francés. Nuestros vecinos del Norte, con razón o sin ella, con probabilidades de éxito o abocados a un fracaso, han creído que había sonado la hora de su coyuntura y tratan de explotarla y de extraer de la misma las posibles consecuencias. En un editorial del *New York Herald Tribune* (27 de mayo), puede leerse: «Schuman es hombre íntegro y comprensivo. Se ha percibido que con el tiempo evidenciaría su calibre de gran europeo. Eso es lo que ahora se ha demostrado. Como europeo se le ha parangonado a Briand, pero en tanto Briand daba en ocasiones la impresión de interpretar a Europa en términos franceses, Schuman interpreta a Francia en términos europeos.» Si esa interpretación fuese

exacta, Europa podría congratularse; pero el decidirlo corresponde al porvenir, y ya sería en sí algo el ofrecer a Europa una esperanza, de la cual se vió desprovista a lo largo de estos años en que se ha registrado el sucederse de un período postbélico salpicado de incertidumbres, y el alterar ese programa decepcionante, representa, por lo menos, la modificación de una actitud que nada beneficioso podría ofrecernos.

*C. B. T.*

